

40 años después del “*Manifiesto de Sevilla*” sobre la violencia social

En 1986, un grupo de científicos de diversas disciplinas, patrocinados por la UNESCO, se reunió en Sevilla para debatir el problema de la violencia ejercida en las sociedades humanas. La reunión concluyó con el famoso texto “*Manifiesto de Sevilla*”, que ocupó un espacio considerable en los medios de comunicación y que, aún hoy, sigue siendo objeto de atención. El “*Manifiesto de Sevilla*” constituye sin duda uno de los ejemplos más notables de la confrontación entre las posturas ambientalistas y las biologicistas y merece ser analizado despacio 40 años más tarde.

LEANDRO SEQUEIROS. Presidente de ASINJA (Asociación Interdisciplinar José de Acosta)



La situación geopolítica y geoestratégica global del planeta Tierra en febrero de 2026 la perciben los expertos y la sociedad civil como una cadena de despropósitos. El deseo imperialista de acaparar las reservas de petróleo está degenerando en un conflicto bélico irracional y violento que se ha cobrado miles de vidas humanas y ha forzado a huir de sus hogares a millones de hombres y mujeres ajenos a los intereses de los poderosos. La degradación que impulsan los poderosos de la dignidad humana de los seres indefensos, está produciendo sangrientos “efectos colaterales”.

Por eso, 40 años más tarde, el “*Manifiesto de Sevilla*” (patrocinado por la UNESCO) cobra hoy nueva actualidad,

Unos años más tarde de la reunión en Sevilla hace 40 años, en la UNESCO en París, en 1989, el “*Manifiesto de Sevilla*” fue difundido a través de todos los medios de comunicación. Fue una decisión de la Conferencia general de la UNESCO dentro de su vigesimoquinta sesión en París, Francia, el 16 de noviembre de 1989. Dice el texto:

“ INTRODUCCIÓN

Convencidos de que es responsabilidad nuestra, como investigadores en diversas disciplinas científicas, llamar la atención sobre las actividades más peligrosas y más destructivas de nuestra especie, a saber la violencia y la guerra;

*reconociendo que la ciencia es un producto de la cultura que no puede tener carácter definitivo o abarcar todas las actividades humanas;

*agradecidos por el apoyo que hemos recibido de las autoridades de Sevilla y de los representantes españoles de la UNESCO;

*nosotros, los universitarios abajo firmantes, originarios del mundo entero y representantes de las disciplinas pertinentes, nos hemos reunido y hemos logrado el siguiente manifiesto sobre la violencia.

En este manifiesto, impugnamos cierto número de presuntos descubrimientos biológicos que han sido utilizados por personas, incluso en nuestros respectivos ámbitos, para justificar la violencia y la guerra.

Puesto que la utilización de estos "descubrimientos" ha creado un clima de pesimismo en nuestras sociedades,

proclamamos que la denuncia pública y reflexionada de tales manipulaciones constituye una contribución importante al Año Internacional de la Paz.

El mal uso de hechos y teorías científicos con el fin de legitimar la violencia y la guerra, sin ser un fenómeno nuevo, está estrechamente asociado al advenimiento de la ciencia moderna.

Por ejemplo, la teoría de la evolución ha sido "utilizada" para justificar no sólo la guerra, sino también el genocidio, el colonialismo y la eliminación del más débil.

Explicamos nuestro punto de vista en forma de cinco proposiciones.

Somos perfectamente conscientes de que, en el marco de nuestras disciplinas, se podría hablar de muchas otras cuestiones que también atañen a la violencia y la guerra, pero nos ceñiremos voluntariamente a lo que consideramos una primera etapa esencial.

***PRIMERA PROPOSICION: CIENTIFICAMENTE ES INCORRECTO** decir que hemos heredado de nuestros antepasados los animales una propensión a hacer la guerra. Aunque el combate sea un fenómeno muy expandido en las especies animales, en las especies vivas sólo se conocen algunos casos de luchas destructoras intra-especies entre grupos organizados. Y en ningún caso implican el recurso a utensilios usados como armas.

El comportamiento predador que se ejerce con respecto a otras especies, comportamiento normal, no puede ser considerado como equivalente a la violencia intra-especies.

La guerra es un fenómeno específicamente humano que no se encuentra en los demás animales. El hecho de que la guerra haya cambiado

de manera tan radical a lo largo de los tiempos prueba claramente que se trata de un producto de la cultura.

La filiación biológica de la guerra se establece, principalmente, a través del lenguaje que hace posibles la coordinación entre los grupos, la transmisión de la tecnología y el uso de utensilios. Desde un punto de vista biológico, la guerra es posible pero no tiene carácter ineluctable como lo demuestran las variaciones de lugar y de naturaleza que ha sufrido en el tiempo y en el espacio.

Existen culturas que desde hace siglos no han hecho la guerra y otras que en ciertos periodos la han hecho con frecuencia y luego han vivido en paz durante mucho tiempo.

***SEGUNDA PROPOSICION: CIENTIFICAMENTE ES INCORRECTO** decir que la guerra o cualquier otra forma de comportamiento violento está genéticamente programada en la naturaleza humana. Aunque los genes están implicados a todos los niveles del funcionamiento del sistema nervioso, son la base de un potencial de desarrollo que sólo se realiza en el marco del entorno social y ecológico.

Aunque indiscutiblemente varía la predisposición de los individuos a sufrir la huella de su experiencia, no obstante, sus personalidades son determinadas por la interacción entre su dotación genética y las condiciones de su educación.

Con excepción de algunos raros estados patológicos, los genes no producen individuos necesariamente predispuestos a la violencia. Pero el caso contrario también es cierto. Aunque los genes estén implicados en nuestro comportamiento, ellos solos no pueden determinarlo totalmente.

***TERCERA PROPOSICION: CIENTIFICAMENTE ES INCORRECTO** decir que a lo largo de la evolución humana se haya operado una selección en favor del comportamiento agresivo sobre otros tipos.

En todas las especies bien estudiadas, la capacidad para cooperar y cumplir funciones sociales adaptadas a la estructura de un grupo determina la posición social de sus miembros.

El fenómeno de "dominación" implica lazos sociales y filiaciones; no resulta sólo de la posesión y la utilización de una fuerza física superior, aunque pone en juego comportamientos agresivos.

Cuando, por la selección genética, se han creado artificialmente tales comportamientos en los animales, se ha constatado la aparición rápida de individuos no hiperagresivos; esto permite pensar que en condiciones naturales la presión en favor de la agresividad no había alcanzado naturalmente su nivel máximo.

Cuando tales animales hiperagresivos están presentes en un grupo, o destruyen la estructura social, o son eliminados de ella. La violencia no se inscribe ni en nuestra herencia evolutiva ni en nuestros genes.

***CUARTA PROPOSICION: CIENTIFICAMENTE ES INCORRECTO** decir que los hombres tienen "un cerebro violento"; aunque nuestro aparato

neuroológico nos permite actuar con violencia, no se activa de manera automática por estímulos internos o externos.

Como en los primates superiores y contrariamente a los demás animales, las funciones superiores neurológicas filtran estos estímulos antes de responder.

Nuestros comportamientos están modelados por nuestros tipos de condicionamiento y nuestros modos de socialización. No hay nada en la fisiología neurológica que nos obligue a reaccionar violentamente.

***QUINTA PROPOSICION: CIENTIFICAMENTE ES INCORRECTO** decir que la guerra es un fenómeno instintivo o que responde a un único móvil. El surgimiento de la guerra moderna es el punto final de un recorrido que, comenzando por factores emocionales, a veces cualidades instintivas, ha desembocado en estos factores cognoscitivos.

La guerra moderna pone en juego la utilización institucionalizada de una parte de las características personales tales como la obediencia ciega o el idealismo, y por otras aptitudes sociales tales como el lenguaje; finalmente implica planteamientos racionales tales como la evaluación de los cosas, la planificación y el tratamiento de la información.

Las tecnologías de la guerra moderna han acentuado considerablemente el fenómeno de la violencia, sea a nivel de la formación de los combatientes o en la preparación psicológica a la guerra (le la población. Debido a esa ampliación, se tiende a confundir las causas y las consecuencias.

CONCLUSION: Como conclusión proclamamos que la biología no condena a la humanidad a la guerra, al contrario, que la humanidad puede liberarse de una visión pesimista traída por la biología y, una vez recuperada su confianza, emprender, en este Año Internacional de la Paz y en los años venideros, las transformaciones necesarias de nuestras sociedades.

Aunque esta aplicación depende principalmente de la responsabilidad colectiva, debe basarse también en la conciencia de individuos, cuyo optimismo o pesimismo son factores esenciales. Así como "las guerras empiezan en el alma de los hombres", la paz también encuentra su origen en nuestra alma. La misma especie que ha inventado la guerra también es capaz de inventar la paz. La responsabilidad incumbe a cada uno de nosotros".

Concluye el texto del "*Manifiesto de Sevilla*" (UNESCO, 1986)

El debate social sobre el "*Manifiesto de Sevilla*" de hace 40 años

A lo largo de estos 40 han sido numerosas las ocasiones en las que se ha suscitado el debate social sobre la sociobiología encubierta en este Manifiesto. Para algunos, "*El Manifiesto de Sevilla sobre la Violencia: muestra el eterno malentendido sobre Naturaleza vs Cultura*"

¿Es nuestra herencia biológica la que determina nuestras capacidades e inclinaciones o, por el contrario, éstas son productos de nuestra herencia cultural?

Este debate lleva rodando -literalmente- siglos, por lo que parece difícil que a estas alturas se pueda añadir algo nuevo. Paradójicamente, dicho debate ha precedido al desarrollo de la propia biología y, por ello resultó hueco y desenfocado desde su origen.

Sólo al inicio del siglo XXI, el increíble avance de la biología molecular, la neurobiología y la genética del comportamiento (entre otras disciplinas) nos está proporcionando las herramientas necesarias para examinar el viejo debate de la naturaleza humana a la luz de la evidencia experimental. Pero empecemos por el principio.

En el siglo XIX, tras la publicación de la obra de Darwin, surgió un movimiento 'filosófico-político' que pretendía analizar (y enmendar) los problemas sociales del momento a través de la teoría de la evolución.

Dicho movimiento, denominado "darwinismo social", que fue preconizado por figuras tales como Galton y Spencer, justificó verdaderas atrocidades, como la necesidad de "mejorar la raza" o seleccionar a los inmigrantes en función de supuestos criterios genéticos.

Como consecuencia, miles de personas fueron esterilizadas contra su voluntad en Estados Unidos y el Norte de Europa. No cabe la menor duda de que el darwinismo social constituyó un desastre intelectual y moral. Además, era un movimiento puramente ideológico ya que la evidencia experimental en la que se basaba era sumamente débil o inexistente.

El propio Darwin se mantuvo conspicuamente al margen. Para empeorar las cosas, durante el III Reich, Hitler empleó elementos de este movimiento para apuntalar su sistema ideológico. Así que no resulta extraño que durante la segunda mitad del siglo XX la mera alusión a la biología en el contexto de las ciencias sociales fuera considerada anatema.

La impronta del ambientalismo radical

Durante estos años el paradigma operante ha sido ferozmente ambientalista y se ha basado (simplificando mucho) en una idea del filósofo del siglo XVIII John Locke: la doctrina de la "tabla rasa".

Según el filósofo inglés, la mente humana al nacer es como un papel en blanco. Todas nuestras capacidades y preferencias derivan de lo que adquirimos por vía cultural, sin que los factores biológicos o innatos tengan alguna contribución en este sentido. Las diferencias entre los individuos serían el reflejo de los diferentes estilos educativos e influencias ambientales recibidas.

Así pues, este modelo tiene a su favor el hecho de ser políticamente correcto. Si todos los factores relevantes fueran de naturaleza cultural, bastaría cambiar la educación de las personas para cambiar la sociedad. Por tanto, la premisa subyacente al modelo es que el ser humano es infinitamente maleable, ya que es un mero producto de su ambiente.

Por el contrario, se afirma que si los factores biológicos fueran determinantes entonces sería imposible cambiarlos y, por tanto, cualquier intento de cambio social estaría condenado al fracaso. Hoy sabemos que esta afirmación no es cierta.

Una cosa es reconocer que los genes contribuyen en la determinación de determinadas características y otra muy distinta pensar que dicha determinación es del 100% y no está sujeta a influencias ambientales. En todo caso, de este "miedo a la inevitabilidad" proviene en parte la hostilidad a la biología como un elemento importante para explicar la conducta humana.

A pesar de que los intentos de integración entre biología y ciencias sociales fueran políticamente incorrectos, ha habido algunas voces discrepantes, en particular la escuela de etólogos europeos activos en los años sesenta-ochenta (Lorenz, Tinbergen, Eibl-Eibesfeldt) o los psicólogos evolucionistas americanos de los noventa (Pinker, Fodor, Tooby, Cosmides).

Aunque no se trata en absoluto de un movimiento homogéneo, los 'biologicistas' parten de que la conducta, capacidades e inclinaciones de cada individuo se encuentran en parte pre-programadas en los genes.

Según esto, cada especie está sometida a "sesgos" derivados de la forma particular en que ésta percibe y procesa la información sensorial. Asimismo, existen inclinaciones y pautas motoras que son específicas de cada especie y seguramente tienen valor adaptativo. Un murciélago debe tener una idea muy diferente a la nuestra del universo que le rodea.

Análogamente, un animal social está inclinado a interactuar con otros individuos de su misma especie, mientras que un animal solitario tenderá a evitarlos.

En definitiva, la posición "biologicista" no niega la importancia del medio ni de la herencia cultural, lo que sí afirma es que los humanos -como el resto de las especies- tenemos una facilidad innata para aprender determinadas cosas y realizar determinadas pautas de conducta.

La "tabla" no es completamente rasa. Esta posición ha sido sustentada en varios y excelentes libros. Por ejemplo, Irenäus Eibl-Eibesfeldt realizó una magnífica exposición en "El hombre pre-programado"; Una obra que mantiene su vigencia pese a haber sido escrita en 1973 (excepto en su obcecada defensa de la teoría de la selección de grupo).

En 2002, el neuro-lingüista Steven Pinker hizo un brillante resumen de las posiciones de la psicología evolucionista en su libro *"La tabla rasa: la negación moderna de la naturaleza humana"*.

Pinker defiende que la ciencia moderna ha puesto en tela de juicio tres dogmas entrelazados que constituyen la visión hoy dominante sobre la naturaleza humana en el mundo intelectual: la «tabla rasa», la mente no tiene características innatas (empirismo); el «buen salvaje», la persona nace buena y la sociedad la corrompe (romanticismo), y el «fantasma en la máquina», todos tenemos un alma que toma decisiones sin depender de la biología (dualismo).

En los últimos años, los estudios de gemelos idénticos criados aparte y los estudios de adopción han abierto una ventana que nos permite separar los efectos genéticos de los ambientales. Estos estudios, que han sido realizados varias veces en distintos países, indican claramente que los factores genéticos juegan un papel importante en la determinación de la

inteligencia, la personalidad, la predisposición a contraer ciertas enfermedades e incluso, en la predisposición hacia determinadas profesiones, hobbies o ideas políticas.

Se han determinado heredabilidades de alrededor del 50% para muchos de los factores mencionados, lo que nos dice que la genética no es un determinante absoluto, pero que tiene un peso considerable. Al mismo tiempo, los estudios genéticos en modelos animales -sobre todo en ratón- han permitido caracterizar el papel de muchos genes en la conducta.

De esto modo se han creado estirpes de ratones más inteligentes, más agresivos o más proclives a la adicción a ciertas drogas. Aunque no es posible extrapolar directamente a la especie humana, estos resultados no pueden ser pasados por alto. En definitiva, los avances procedentes de distintas disciplinas nos indican, de forma lenta pero consistente, que los factores biológicos son relevantes para explicar muchos aspectos de la mente y la conducta humana.

Es importante señalar que este debate no se zanja en un conveniente término medio (genes y ambiente son importantes) sino que nos lleva a analizar la cuestión desde una óptica distinta. Lo que interesa es averiguar cómo se produce esta interacción entre genes y ambiente, cuáles son los genes y los circuitos cerebrales implicados y -evidentemente- qué factores ambientales son relevantes en cada caso.

Claramente, distinguir entre un tipo y otro de factores no es tarea fácil, pero tampoco es imposible en principio, como demuestran los estudios de gemelos y de adopción. Con este nuevo punto de vista, es fácil reconocer que el planteamiento dicotómico -genes o ambiente- está viciado de partida.

Somos humanos *porque* somos animales y muchas de nuestras características eminentemente humanas son un producto de la evolución.

La capacidad de hablar, seguramente el rasgo que más nos distingue de las otras especies, tuvo que requerir cambios concertados en la estructura del cerebro, la laringe y otras partes del aparato fonador; es muy difícil pensar que todos estos cambios no tuvieran un valor adaptativo.

Lo mismo puede decirse de muchas características psicológicas, como la tendencia a cooperar, la relativa monogamia que predomina en nuestra especie y la tendencia de los padres por preocuparse por el bienestar de sus hijos.

Para estos críticos del "*Manifiesto de Sevilla*" (1986, hace 40 años), lo primero que resulta extraño es el uso "literario" de la repetición "*Es científicamente incorrecto afirmar...*". La corrección o incorrección científica dependen de la evidencia experimental y eso requiere un análisis mucho más profundo que el que se hace en el texto.

No parece un *abstract*, sino más bien un *mantra*. Otro hecho que llama poderosamente la atención es que no va dirigida realmente contra la violencia, sino contra determinados individuos que utilizan la biología para justificarla ¿quiénes son esos *malvados biólogos*? No lo sabemos ¿Se refiere a Francis Galton? Si es así, tienen razón pero la declaración llega 75 años después de su muerte. Un poco a deshora.

Más probablemente, los declarantes están apuntando a los etólogos europeos: Lorenz, Tinbergen y Eibl-Eibesfeldt, entre otros. En tal caso, la acusación es injusta, ya que estos investigadores siempre condenaron explícitamente la guerra y la violencia; simplemente afirmaron que reconocer el componente biológico de la conducta agresiva nos ayudaría a evitarla. El problema es que no podemos saber a quién va dirigida la famosa andanada de Sevilla.

Para estos críticos, la agresión entre individuos de la misma especie es un fenómeno generalizado en la naturaleza. Los animales compiten por alimento, territorio, estatus y ventajas reproductivas, por lo que es imposible que este tipo de conducta no tenga un valor adaptativo.

También es muy difícil pensar que a lo largo de nuestra evolución como especie, los humanos nos hayamos visto milagrosamente sustraídos de este proceso general. Además, los científicos están empezando a identificar factores genéticos que pueden predisponer a los individuos hacia la agresión.

Existen ya pocas dudas de que los factores biológicos juegan un papel importante en la conducta violenta. Es cierto que la lucha organizada entre grupos no es frecuente en el reino animal, pero una de las pocas especies en las que se ha descrito es... ¡el chimpancé! Nuestro pariente animal más cercano.

El texto del "*Manifiesto de Sevilla*" juega – en opinión de los críticos – con los términos "agresión" y "guerra", argumentando que una actividad organizada en la que se emplean herramientas diseñadas a tal fin es específicamente humana y *por tanto, tiene que ser un producto exclusivo de la cultura*. La primera parte resulta evidente, pero la deducción no es cierta, ya que los factores culturales y biológicos no son mutuamente exclusivos. Es justamente en esta falsa dicotomía donde radica el corazón malentendido.

Por otro lado, los datos indican con firmeza que los factores socio-económicos y culturales tienen una influencia fundamental en la conducta agresiva. Numerosos estudios han puesto de manifiesto la conexión entre violencia y prácticas educativas abusivas, conflicto parental y desorganización del medio social. En definitiva, la desigualdad social y sus secuelas constituyen un factor clave.

Además, las sociedades varían mucho en cuanto a su grado de violencia. El antropólogo Lawrence Keeley estimó la tasas de homicidio en diferentes culturas y encontró que éstas eran muchísimo más altas entre los cazadores-recolectores que en las sociedades modernas, con tasas de homicidio entre 100 y 600 veces mayores en las primeras.

Las diferencias sólo son achacables a factores culturales, pero el hecho de que los cazadores-recolectores resultaran consistentemente más violentos apunta a que la conducta agresiva y la guerra fueran moneda corriente entre nuestros antecesores. Los guerreros de las pinturas mesolíticas de las cuevas del levante español apuntan en la misma dirección.

Por supuesto que la Biología no nos condena a la violencia y a la guerra. Al contrario, la incorporación de la Biología Evolutiva al estudio de la conducta humana puede ayudarnos a explicar el fenómeno y a evitarlo.

La condena moral a la violencia se basa en una cuestión de principio; por tanto, debemos oponernos a aquellos que la justifican, independientemente de que empleen argumentos de tipo biológico o de otro tipo. Pero, en el momento que estamos dispuestos a creer que algo es *científicamente cierto* por el hecho de que nos parezca *moralmente correcto*, hemos dado el primer paso para abandonar el espíritu crítico y la independencia de pensamiento.

Los apoyos al “*Manifiesto de Sevilla*” (1986)

Pese a las opiniones críticas, muchas comunidades científicas apoyaron las tesis del “*Manifiesto de Sevilla*” (1986): “La guerra es una invención, no una necesidad biológica”. Esta expresión no es nueva. Así lo manifestó la antropóloga Margaret Mead en su ensayo antes de la Segunda Guerra Mundial (1940).

En 1940, durante la segunda guerra mundial, la célebre antropóloga norteamericana Margaret Mead publicó un artículo en el que defendía que la guerra no es una necesidad biológica del hombre sino una invención del mismo. El escrito se dio a conocer en *Asia*, 1940, vol. 40, No. 8, 402-405. Aunque se publicó en 1940, aún hoy día tiene una gran vigencia.

Otros antropólogos, según Margaret Mead, sostienen que la guerra es la inevitable, consecuencia del desarrollo del Estado, de la lucha por la tierra y los recursos naturales de las sociedades de clases que surgen no de la naturaleza del hombre sino de la naturaleza de la historia. En consecuencia, la guerra es inevitable, a menos que cambiemos nuestro sistema social y aniquilemos las clases, los conflictos por el poder y la propiedad.

Posiblemente se refiere a William James, en su [The Moral Equivalent of War](#) (publicado en 1910), que admite el supuesto básico de que la naturaleza humana es belicosa, competitiva y agresiva, y, por consiguiente, los que deseen eliminar la guerra o la competencia, deben simplemente encontrar formas nuevas, socialmente menos destructivas, para expresar su índole belicosa e inclinada a la competencia.

La conferencia *The Moral Equivalent of War* (“El equivalente moral de la guerra”) fue pronunciada por William James en la Universidad de Stanford en 1906 y publicada por primera vez en 1910 por la *Asociación para la Conciliación Internacional* (*The Association for International Conciliation*) en *International Conciliations* (nº 27, 1910).

Según cuenta el biógrafo de James, R.B. Perry, cuando esta conferencia fue publicada por la Asociación tuvo un gran éxito de propaganda y se tuvieron que imprimir y distribuir más de 30.000 ejemplares, además de ser publicada posteriormente en dos revistas populares.

Los que se creen dueños de las vidas de las personas de todo el universo, seguramente no han leído el “*Manifiesto de Sevilla*”, tal vez es uno

de tantos documentos que se firman en busca de la paz; sin embargo, este manifiesto pone en claro que hay mitos en los que se escudan. Hoy se tiene conocimiento que se llega a la guerra por demostrar quién es más poderoso y quién es el que o demuestra que puede exterminar a pueblos enteros, como ahora lo vemos.

También otro antecedente es que antes de esta reunión en Sevilla, se llevó a cabo un Coloquio en Atenas que la UNESCO organizó el año de 1981 con el objetivo de analizar las teorías “pseudo científicas” que justifican el racismo y la discriminación racial. En ese coloquio, Santiago Genovés mostró la confusión que existe sobre supervivencia del más apto y supervivencia del más fuerte; y confundir causas naturales con causas culturales.

Y no obstante que en encuestas la gente cree que la violencia es inherente a la condición humana, investigadores de todo el mundo retomaron y demostraron desde la perspectiva CIENTÍFICA que es un invento que la violencia sea por cuestiones biológicas.

Por lo anterior se suscribe este manifiesto, a través del cual señalan que la violencia y las guerras, son las actividades más “peligrosas y más destructivas de nuestra especie”; otra razón es que se da mal uso de la teoría de la evolución que legitima la violencia, la guerra, el genocidio; por ello estos científicos proponen en este manifiesto, cinco explicaciones CIENTÍFICAS, de las cuales solo publicaremos una parte.